





03 Con nombre propio: singularidades

“La creación de poblados nuevos proporcionó oportunidades abundantes para ensayar todo tipo de ordenaciones que, coincidentes a veces con las formas adoptadas por Regiones Devastadas, se produjeron en general con mayor libertad, moviéndose entre un cierto tipo de composición geométrica clara, y la búsqueda de efectos pintoresquistas fragmentarios, a través de quiebros, sinuosidades, asimetrías y falsas irregularidades, sirviendo la experiencia para demostrar la imposibilidad de la pretendida recreación de las esencias tradicionales, lo que, por otra parte, no fue, en realidad, objeto de investigación seria y sistemática.”

Fernando de Terán, 1978

El proyecto de los pueblos de colonización

Fernando de Terán Troyano, ETSA, Universidad Politécnica de Madrid

Se me pide que intervenga aquí desde una supuesta doble condición: como alguien que ha trabajado en escribir la historia del periodo considerado, y como participe en la propia experiencia concreta que se trata ahora de examinar, con la intención de estudiar los poblados de colonización del periodo 1939-1971, dentro del papel de “la arquitectura en la modernización del territorio rural”.

Efectivamente, me he ocupado alguna vez, aunque no exhaustivamente, de esa experiencia del Instituto Nacional de Colonización, que quedaba incluida en algunos artículos míos y en dos de mis libros panorámicos. También, monográficamente, en un homenaje a uno de los arquitectos más representativos de aquella experiencia, José Luis Fernández del Amo, en 1983. Y en todas esas ocasiones no pasé de hacer valoraciones generales, dentro de contextos muy amplios, buscando antecedentes históricos y filiaciones de tal experiencia, o simples relaciones de la misma con otras parecidas: la OPER republicana de los años treinta, las experiencias europeas de colonización, especialmente las de la Alemania nazi o las Ciudades Pontinas de Mussolini, o los poblados falangistas de después de nuestra guerra.

Pero sé muy bien que se ha venido produciendo una valiosa profundización en el conocimiento de este caso, una investigación concienzuda con una proliferación de estudios que ha dado ya un enriquecimiento bibliográfico notable, en aspectos variados, no sólo los históricos, sino referida también a aspectos arquitectónicos, geográficos, sociológicos, etc. Es revelador, al respecto, el número 52 de la revista del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, en el que una serie de interesantísimos trabajos dan cuenta del interés que está suscitando la referida experiencia, en el contexto de la revalorización del Patrimonio Histórico, puesto que dicha experiencia ha dejado un conjunto de realizaciones que ya forman parte de tal Patrimonio. Aunque evidentemente, no se trata sólo de un interés historiográfico, sino que implica análisis de la validez de la experiencia, así como valoraciones de su situación actual y de las expectativas de su futuro.

Deduzco de esta situación que es muy poco lo que puedo yo añadir ahora, desde esa supuesta condición de historiador que se me atribuye, y que, por lo tanto, si algún interés pudo tener aquí mi contribución, debe ser enfocada ésta a partir de mi conocimiento de la propia experiencia desde dentro de ella misma, ya que pude observarla de cerca, mientras se estaba produciendo, e incluso participar modestamente en ella. Creo que, en ese sentido, sí puedo aportar algún elemento para ayudar a conocerla, presentando una reflexión sobre el contexto cultural en el que se desenvolvía la acción profesional de proyectar esos pueblos, de dónde partía, y sobre las bases en las que se apoyaba. Pero creo que, para que tenga más interés, ello debe hacerse recordando aquel contexto como entonces lo vivíamos, y no como actualmente lo vemos, situado en el pasado. Pensando más en lo que sabíamos entonces que en lo que ahora sabemos. No en el conocimiento que hemos construido después como estudiosos de lo ocurrido, sino en lo que entonces conocíamos y nos servía de apoyo para hacer lo que hacíamos.

Me situó pues en la mitad de la década de los años sesenta. Es ya una fecha tardía en la experiencia y, por lo tanto, mi testimonio tiene ya poco que ver con la situación, políticamente muy diferente, de la posguerra, cuando comienza. Y es importante señalar que ello supone no estar en la etapa inicial de lanzamiento e invención, sino más bien al final, cuando todo ya está en marcha, ya es conocido, ya hay experiencia, y hasta tradición y ejemplos famosos: ya existe Vegaviana.

Mi inserción se produce a través de mi amistad con Antonio Fernández de Alba, que era íntimo amigo de José Luis Fernández del Amo, que a su vez, era uno de los más importantes arquitectos del Instituto y que, ya entonces, era también un personaje bastante valorado profesionalmente, en gran medida gracias precisamente al éxito (incluso internacional) de su obra más conocida: el fotogénico pueblo nuevo de Vegaviana.

A través de ellos, en favorable coyuntura de búsqueda de colaboradores más jóvenes, se me encargó la redacción de los proyectos de dos de esos pueblos nuevos (muy pequeños en ambos casos), que habían de surgir de la nada, que no tenían historia, pero que ya tenían su nombre asignado: Setefilla, de clara ascendencia romana, para el de la provincia de Córdoba, y Sacramento, de honda raigambre andaluza, pero también de abundante utilización en la experiencia fundacional americana, para el de la provincia de Sevilla.

El desarrollo del trabajo había de atenerse a las Normas del Instituto que, con pequeñas modificaciones, estaban en vigor desde 1949, y habían sido elaboradas para establecer, en cada caso, el llamado Plan de Edificación de los Pueblos de Nueva Planta. Eran bastante escuetas pero proporcionaban las líneas generales que luego se adaptaban circunstancialmente a las características particulares que la jefatura del Instituto decidía para cada nuevo pueblo, en función de su previsto tamaño demográfico y de las funciones locales a cumplir según su emplazamiento, dentro de la estrategia general de la colonización.

Ello se hacía a través de unas instrucciones concretas para cada caso, que fijaban el programa, con indicación de las superficies que debían asignarse a cada uso. Se componía, generalmente, de: número de viviendas de colonos, con sus dependencias agrícolas (gran corral con cuadra, establo, pajar, gallinero y cochiguera, con lugar para un carro), viviendas para comerciantes (con local de negocio), y elementos generales, como iglesia (con sus propios locales anejos de servicios), dos escuelas (con vivienda para los maestros), ayuntamiento (con oficina de correos), dispensario médico (a veces también clínica), casa de la Hermandad Sindical (con hogar, biblioteca, despacho), más un garaje general, para sólo dos tractores de uso común y un espacio para maquinaria agrícola, también de uso común. Es muy importante señalar la fijación del tipo o tipos de parcela individual, puesto que su gran tamaño, contando con el espacio a incluir para los usos que se acaban de indicar, producía necesariamente una larga distancia entre las casas y una muy baja compacidad edificatoria, lo cual, curiosamente, daba inevitablemente una fisonomía muy diferente de la de los apretados pueblos tradicionales (excluidos quizá algunos del norte de la Península).

También contenían estas instrucciones algunas indicaciones bastante someras sobre la urbanización y sobre la construcción, que llegaban a dar referencias sobre materiales (por supuesto tradicionales en cuanto a albañilería, revestimientos y cubiertas, éstas necesariamente de teja árabe) y sobre modelos recomendables de carpintería (por supuesto artesanal de madera).

No existen indicaciones acerca de la forma de organización funcional del espacio, sobre la cual se dejaba pues en libertad al proyectista (lo que explica la gran variedad de orientaciones que se podían ver ya en el conjunto de los pueblos que ya estaban en funcionamiento) pero se daba por supuesta la exis-

tencia de una Plaza Mayor, para situar en ella parte del programa (no como norma de composición). Y es fundamental, para entender bien la naturaleza de estos peculiares núcleos de población (porque cuesta trabajo situarse hoy en aquella perspectiva), que no se prevé más circulación que la de los carros y, en todo caso, la de los dos únicos tractores o de alguna máquina agrícola.

No deja de ser curioso que, a pesar de esas indicaciones, muchos de los pueblos del Instituto carezcan de verdaderas calles, entendidas éstas en su forma precisamente más tradicional, de espacio lineal, lateralmente acotado por los planos verticales de una edificación continua. Frecuentemente las composiciones se basan en el uso de manzanas relativamente independientes, con amplias separaciones entre ellas, que no forman secuencias linealmente encadenadas. Y, por otra parte, como ya he señalado, no puede olvidarse el problema compositivo que se plantea al respecto, como consecuencia del tipo peculiar de parcela normativa, con un gran espacio no edificado, lo cual, al agruparse las parcelas, producen grandes espacios vacíos de edificación que, necesariamente, por algunos de sus lados, se acusan al exterior en forma de largas tapias de corral y de discontinuidades de la edificación.

Por lo que respecta a la orientación de los aspectos formales y estéticos de la edificación, tampoco hay indicaciones precisas, porque parecía darse por supuesto que, al tratarse de núcleos rurales, deberían concebirse dentro de un tratamiento tradicionalista y castizo, que no excluía ciertas libertades plásticas para evitar la simple imitación de la arquitectura popular (ahí se situaba precisamente, el éxito de la obra de Fernández del Amo, de innegable calidad artística). La sumisión sin transgresiones a este universo plástico general venía asegurada, además, por la forma que adoptaba la ejecución de las obras, ya que la labor del proyectista se reducía al proyecto, que era desarrollado por los servicios del Instituto, mediante la presencia de tres arquitectos situados en tres niveles de mando: el director, el inspector y el jefe de obra, de los que dependía, incluso, la posibilidad de modificación del proyecto.

Nada mejor que un texto de la época para revelar lo que había debajo de la naturaleza de aquel universo plástico, aunque forzoso es señalar que el Instituto Nacional de Colonización obró frecuentemente con mayor libertad en ese sentido que la Dirección General de Regiones Devastadas, a la cual pertenece dicho texto. También hay que indicar que el mismo corresponde a un momento político de mucha más dureza doctrinal que aquel al que ahora me estoy refiriendo, pues es de 1940. Y señalemos también que esa Dirección General, que venía desarrollando la tarea de la reconstrucción de los daños de la guerra civil, había producido también pueblos enteramente nuevos, cuando las circunstancias de la devastación habían impuesto el abandono total de las ruinas. Refiriéndose a ellos se dice:

“Fijada la capacidad de los pueblos y su emplazamiento, viene el estudio de la ordenación; estudio de ordenación en el que hay que prescindir por completo de todas las normas que nos vengan de mas allá de las fronteras. La reconstrucción de nuestros pueblos hemos de basarla únicamente en los trazados genuinamente españoles, hechos con arreglo a nuestro temperamento y a nuestra manera de vivir, y en la que no nos sirven, sino que nos estorban, todas las técnicas que puedan venir de otro país. El centro del pueblo será siempre la tradicional y genuina plaza mayor. Su plaza mayor, con soportales, en la que estén los edificios representativos del Ayuntamiento, del Estado y del Partido. De ella parten las calles que conducen a los lugares de trabajo.

Un segundo centro religioso, formado por la plaza de Iglesia, con sus anejos de Casa Rectoral y Catequesis. Iglesia con torre, rematada con una cruz, bajo cuyos brazos abiertos se desenvuelva la vida futura del poblado. Se distribuyen en los poblados, dándoles su justo valor y situación, las escuelas, con su campo de deportes escolar, y los edificios y servicios municipales de vida de la población. Con estos elementos y las viviendas formamos el plan general de ordenación. De las viviendas se estudian distintos tipos, según la función y profesión de las familias que deben habitarlas. En esto no hace falta decir que

cada comarca tiene su tipo de vivienda característico, que depende, la mayoría de las veces, de la clase de cultura del terreno que labran. Las viviendas se componen siempre, como mínimo, de cocina-comedor y de tres dormitorios, para que pueda existir la debida separación de sexos. El tipo de vivienda nos da el tipo de manzana; la agrupación de todas ellas constituye el plan general de ordenación, completándose éste con el trazado de las calles, alzados, secciones y perfiles; cuidando el aspecto exterior del pueblo para que forme, dentro de la variedad de cada tipo, un todo armónico” (DE CÁRDENAS, 1940).

Aunque ya digo que este no es un texto del Instituto Nacional de Colonización, creo que da bastante bien el tono de la concepción que alentaba ese universo plástico y conceptual, vigente en el Instituto, según pude percibir directamente, si bien, como he dicho, el rigor doctrinal era ya muy diferente cuando yo trabajé para él. Por ejemplo, en mis dos casos, el programa no incluía ya el edificio del Partido. Y por otra parte, creo que es un testimonio histórico de valor, que permite ver también la pobreza, o la ausencia, de un verdadero contenido reflexivo en las instrucciones o simples orientaciones que recibían los proyectistas. Escribí, al respecto, en una ocasión: “al lado de las afirmaciones ideológicas, en las que se exalta un tradicionalismo xenófobo, encontramos ideas de ordenación, simples y elementales, de escaso contenido urbanístico. Sorprende no encontrar ningún análisis de los elementos urbanísticos tradicionales, a pesar de la evocación de la plaza mayor. Por lo mismo, no sorprenderá más adelante que esta intención de enraizamiento en la tradición, se quede luego en las realizaciones, en una epidérmica aproximación arquitectónica, sin que en realidad pueda encontrarse una verdadera transposición de lo tradicional, en los nuevos trazados de los conjuntos realizados por aquella Dirección General, que adoptarán formas abstractas estereotipadas, con frecuencia en radiaciones y simetrías, o en curvas gratuitas”. Y en esa misma ocasión, el comentario sobre las realizaciones del Instituto, matizando una cierta diferencia, era el siguiente: “la creación de poblados nuevos proporcionó oportunidades abundantes para ensayar todo tipo de ordenaciones que, coincidentes a veces con las formas adoptadas por Regiones Devastadas, se produjeron en general con mayor libertad, moviéndose entre un cierto tipo de composición geométrica clara, y la búsqueda de efectos pintorescos, fragmentarios a través de quiebros, sinuosidades, asimetrías y falsas irregularidades, sirviendo la experiencia para demostrar la imposibilidad de la pretendida recreación de las esencias tradicionales, lo que, por otra parte, no fue, en realidad, objeto de investigación seria y sistemática” (DE TERÁN, 1978).

Pero aparte de la propia experiencia acumulada ya en aquellos momentos por el Instituto, y de la experiencia paralela desarrollada por Regiones Devastadas, y aparte también de la socorrida apelación a la tradición de la arquitectura popular, todo lo cual aparecía ya entonces para muchos como algo que había que superar, ¿qué otros conocimientos podían formar parte de la base cultural en que podía apoyarse la concepción de esos nuevos pueblos? ¿De qué más podían partir los proyectistas? ¿De qué posibles modelos podían disponer, aunque sólo fuese como inspiración?

Por más que ello me extraña ahora, nunca oí hablar, en relación con este tema, de los que podrían haber sido apoyos históricos consistentes, es decir, las experiencias fundacionales anteriores, desarrolladas en otros momentos pasados en la historia del urbanismo español. Me refiero a los casos de los conjuntos de núcleos nuevos, aparecidos por un acto voluntario y preconcebido, sobre todo, teniendo en cuenta el carácter de alguna de esas experiencias, tan lógicamente evocable en los momentos de la delirante exaltación imperial de la posguerra, como la cuantiosa e interesante desarrollada en América.

No, nunca vi esa referencia, en la experiencia del Instituto, a las ciudades hispanoamericanas, aunque ahora veo muy claramente la gran relación que existe entre las características morfológicas de esas fundaciones, tal como fueron en sus primeras etapas de vida y las de los pueblos del Instituto. Para lo cual hace falta no quedarse en la forma general del trazado de aquellas, dado casi invariablemente por la cuadrícula, sino mirar a cómo debió ser la organización volumétrica del conjunto y su apariencia visual

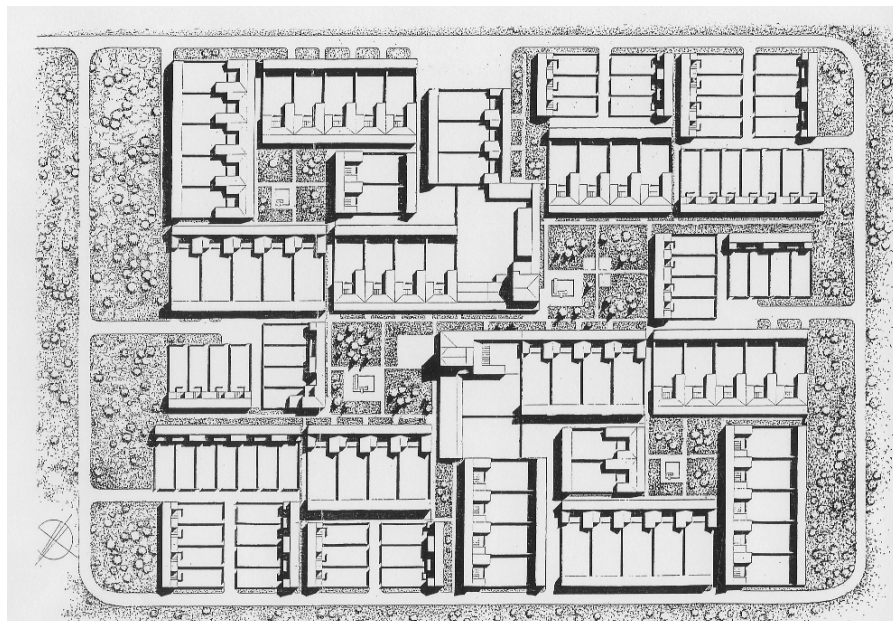
(perfectamente deducible de la ingente cartografía existente), derivadas del enorme tamaño de las parcelas en relación con el de las viviendas, que se traducían en una ciudad de muy baja compacidad, en la que la continuidad de las manzanas sólo estaba asegurada por las tapias, cuando las había.

En los casos más interesantes que conozco más de cerca, me parece que los proyectos estaban planeados, básicamente, como creaciones funcionales y plásticas (Esquivel, de De la Sota), sin más apoyos que la referencia a la arquitectura popular y sin más aspiración que la máxima calidad estética de obra de arte de autor. Porque el programa podía desarrollarse de muchas formas y los problemas del funcionamiento social estaban minimizados por la reglamentación de la sencilla y rutinaria vida prevista para los colonos, sin que importase nada ignorarlo todo acerca de sus verdaderas necesidades, condicionamientos o exigencias. Que yo sepa, nunca se hizo la más mínima averiguación sobre el grado de satisfacción de los colonos con su pueblo. Sí, creo que para muchos de los arquitectos proyectistas, aquello fue una apasionante y peculiar aventura estética. Recuerdo la conjunción de colaboraciones artísticas que, convocadas por él, confluían desde las otras artes en algunas de las obras de Fernández del Amo, haciéndolas verdaderamente significativas dentro del proceso de la renovación estética que, desde una auténtica vanguardia, se estaba dando entonces muy minoritariamente aún en el país, y que por ello mismo, resultaban ajenas y distantes a sus sencillos destinatarios.

Por otra parte, debe recordarse (y esto es también importante para entender la situación) que era entonces, ya en los años sesenta, cuando había empezado a manifestarse la justificada crítica universal a los resultados de la aplicación (siempre mitigada) de los postulados urbanísticos de la Carta de Atenas y de las que habían sido tentadoras promesas de los dogmas arquitectónicos del Movimiento Moderno, que tanto habían seducido poco antes, a muchos de los mejores arquitectos españoles, como reacción contra los modelos de la arquitectura oficial. Ello había producido, como es sabido, algunos singulares aciertos en el planteamiento de algunas de las actuaciones producidas (oficialmente) en los años cincuenta, para dar atención a las necesidades de vivienda económica. Pero no, tampoco era la vuelta a aquel racionalismo, mitificado en cierto modo por la vanguardia profesional, lo que iba a ofrecer ahora la orientación adecuada, suponiendo que la tradición instaurada en el Instituto lo hubiera permitido.

Pues bien, es en esa coyuntura, en la que se produce mi propia reflexión personal, al enfrentarme con el encargo. Y el resultado, que no podía eludir el ropaje arquitectónico de referencias vernáculas (no sólo por la imposición oficial, sino también por la fuerza que seguían teniendo en mí los ecos del *Manifiesto de la Alambra* y de *Los Invariantes castizos de la arquitectura española*), se vio fundamentalmente estimulado e influido por algunas nuevas ideas que se abrían paso entonces, que llegaban a través de la lectura de textos como los de Bruno Zevi, por una parte, y los de Jane Jacobs, por otra. Una nueva manera de ver y de proyectar el espacio urbano, tanto en sus condiciones morfológicas y en sus dimensiones plásticas como en sus requerimientos sociales.

Se trata de una reflexión que se refleja sucintamente en las Memorias de los proyectos, en las que se habla de la organización general del espacio de los pueblos, en relación con la intención de mejorar las condiciones de la vida social y las posibilidades de las interacciones y las relaciones vecinales, favoreciendo la importancia de los lugares de encuentro, de paso y de agradable permanencia, lo que se materializa en un uso intencionado de los elementos tradicionales constitutivos del espacio urbano: la calle y la plaza, entendidos de la forma plásticamente más inclusiva y acogedora, más envolvente y también más voluntariamente modelada y configurada, que necesariamente requería continuidad edificatoria. Lo cual, dada la baja densidad y la escasa compacidad que imponía el tipo de parcela de grandes superficies no edificadas, me planteaba bastantes problemas para conseguir, al menos en algún espacio central, lo que me parecía tan necesario como un aumento de concentración.



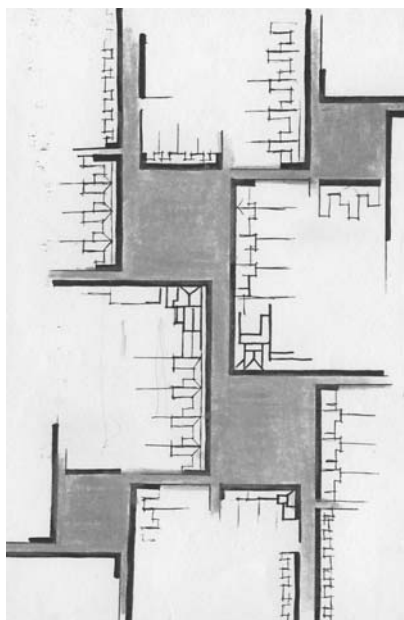
1. Sacramento. Plano: Fernando de Terán Troyano



2. Sacramento. Plano: Fernando de Terán Troyano

Esta idea se conjugaba con la de que tal espacio central, con esas características que acabo de señalar, entre las que destaca su clara configuración formal, apareciese como la antítesis del espacio exterior, abierto, ilimitado y sin forma. Creo que había en ello cierta resonancia de lo que había visto alguna vez en algunos grandes cortijos, en los cuales la edificación está organizada alrededor de un espacio central, y al exterior ofrecen un aspecto cerrado, lo cual se refuerza en algunos casos con la existencia de puertas que se cierran realmente por la noche (aunque no sé cuánto de todo esto subsiste actualmente).

¿Cómo organizar y construir pues ese núcleo central del pueblo, al servicio de tal idea? La simple presencia de una plaza central daba una posibilidad tal vez demasiado centrípeta, que me parecía enriquecerse mediante su conexión con un eje más dinámico, como de hecho ha ocurrido siempre históricamente con alguna de las calles que desembocan en la plaza. Si se pudiesen concentrar en esa conjunción de calle y plaza las principales funciones generadoras de actividad, se estaría apuntando en la debida dirección, aunque esas funciones iban a ser tan escasas, dada la escasa población, que



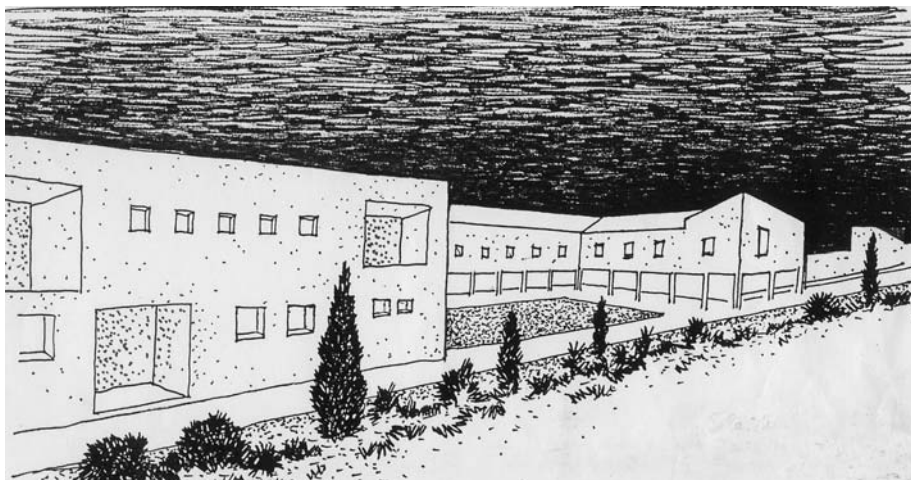
3. Sacramento. Plano: Fernando de Terán Troyano

su influjo sería inevitablemente reducido. Era evidente que este esquema polarizado hubiera funcionado mejor en un caso demográficamente más significativo, que hubiese comportado más actividades de servicio. Pero aún así, me parecía posible un mejor funcionamiento social, y un mayor interés espacial, que en el caso correspondiente a una situación de mayor homogeneidad, dispersión e isotropía.

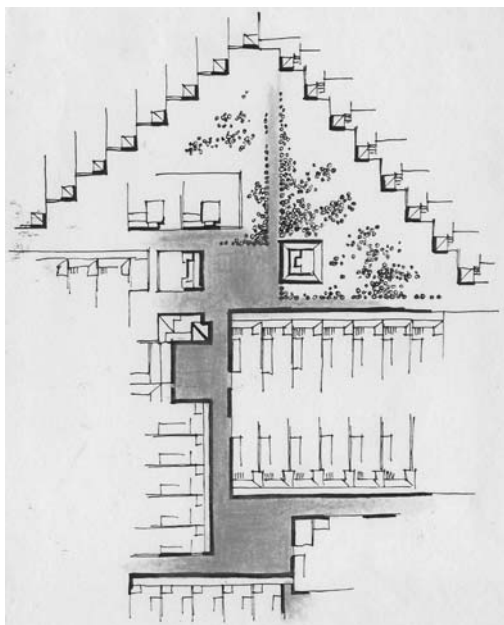
Debo añadir, para que la confesión sea completa, que había también otros estímulos que, de modo indirecto, actuaban también en la configuración de la idea. Indirectamente, pues no eran de directa aplicación al caso, dada la evidente desproporción que esa aplicación hubiese supuesto. Pero que, efectivamente, actuaron como modelos abstractos, como iconos descontextualizados y carentes de escala, como diagramas de combinación funcional y formal. En ese sentido, creo que se puede apuntar la presencia casi subliminal, en el proceso de ideación, de las imágenes de la Manzana Radburn, con su corazón peatonal protegido, y también más explícitamente, los centros comerciales de las nuevas ciudades inglesas, concebidos como espacios longitudinales acotados, de uso exclusivamente peatonal, configurados por una edificación envolvente, que estaban entonces en construcción, y cuyos proyectos eran recogidos en todas las revistas del mundo (ver por ejemplo los casos de Stevenage, Basidon o Bracknell).

Y así es como surgieron los esquemas organizativos de los dos pequeños pueblos que proyecté, y así se produjo sobre esa idea, una vez aceptada por el Instituto, con cálida defensa de Fernández del Amo, el desarrollo completo de los proyectos.

La principal dificultad estuvo, como era esperable, dadas las características modulares de la parcela tipo, en la obtención de la mayor continuidad edificatoria posible sin cortes ni interrupciones, para la consecución de planos verticales continuos, que permitieran la clara configuración de un espacio limitado y formalizado, contenedor, envolvente y acogedor, en contraste con el espacio exterior, abierto e ilimitado.



4. Setefilla. Plano: Fernando de Terán Troyano



5. Setefilla. Plano: Fernando de Terán Troyano

Y así es como surgieron efectivamente, y fueron construidos y habitados, esos dos pueblos nuevos, Setefilla (Córdoba) y Sacramento (Sevilla), que forman parte hoy del conjunto de los muchos que construyó el Instituto Nacional de Colonización en aquellos años. Ese conjunto numeroso de pueblos que constituyen ahora un patrimonio histórico de cierto valor reconocido, pero también una problemática herencia, como muy bien saben quienes tienen que ocuparse ahora de ellos, en unas circunstancias económicas y sociales ciertamente diferentes de aquellas en las que fueron creados. Porque ahora, sin carros, pero con coches y televisión en todas aquellas viviendas que están ocupadas, ya no son pueblos sin historia, porque tienen un pasado. Lo que no parece tan claro es qué forma de futuro les espera.

Bibliografía

DE CÁRDENAS, G. *La Reconstrucción Nacional vista desde la Dirección General de Regiones Devastadas. Conferencia en la Segunda Asamblea Nacional de Arquitectos.* Publicación de la Dirección General de Arquitectura. Madrid. 1940.

DE TERÁN, F. *Planeamiento urbano en la España contemporánea.* Barcelona. 1978.